MIS AMORES

I. Mi reina de la fiesta

II. En la senda

III. La cita

Mi reina de la fiesta

Verás... Yo soy lo mismo
que aquel romero triste del alto de la sierra...
que aquel romero triste de pálidos verdores
y de áspera corteza
que, desmedrado y viejo,
de flores, todavía, se viste en primavera.

y todavía ofrece su néctar delicado
que buscan las abejas.

. . . . . .

¿Que quieres que haga versos?
¡Pues he de hacerte versos y tantos como quieras!
Yo romperé mi lanza
luchando en el torneo brillante de las letras
y venceré en la lucha para que tú sonrías...
¡para que tú lo veas!
Tú me verás intrépido: para lograr el triunfo
he de agotar mis fuerzas...
Tú me verás magnánimo tirar todo un tesoro:
¡el escondido y santo tesoro de mis penas!
Me voy haciendo viejo
como el romero triste del alto de la sierra;
pero aún me quedan flores y néctar delicado
que dar á las abejas!

. . . . . .

Yo lucharé aunque sufra sangrando por la herida
que tengo en lo profundo del corazón abierta,

mas quédese en secreto si alcanzo la victoria,
y *aquel* y tú sabedlo... ¡que nadie más lo sepa!
Yo quiero, si es que triunfo, que seas elegida
la reina de la fiesta
y quiero que te elija, ciñéndose triunfante
mis lauros de poeta,
el mozo aquel que adoras,
aquel que en tus ensueños con sus amores reina.
¿Que es esto un sacrificio?
¿Que acaso no me falten amores que merezcan
de mi glorioso triunfo
la delicada ofrenda?
Verdad que no me faltan amores, que en amores
cifré mi vida entera;
pero los tengo lejos...
tan lejos que no aguardo que ya á mi lado vuelvan.
Se fueron una tarde de otoño en que las hojas
de los añosos álamos se desprendían secas...
¡se fueron una tarde con sus azules ojos,
con sus miradas tristes, con sus sonrisas tiernas!

Se fueron y no vuelven...
Há tiempo que me espera
la niña encantadora de los azules ojos,
de las miradas dulces, de las sonrisas tiernas...
Há tiempo que me aguarda ¡durmiendo eternamente
debajo de unas flores, mi reina de la fiesta!

En la senda

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
¡parece que un sueño
fué solo la ausencia!...

Todo está lo mismo:

con sus frescos verdores la huerta...
la orilla del río con sus ruiseñores...
la casita blanca... la tupida reja...
trillado el camino...
sembrado de huellas...

Todo está lo mismo que entonces; desliza
su corriente tan mansa la acequia,
que bien se podría decir que paradas
se quedaron sus aguas serenas...
¡Todo está lo mismo... los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan!...

Parece que el tiempo no pasa... La gente
no olvida un detalle de la historia nuestra,
y, con embeleso, todo aquel idilio
de nuestros amores relata y comenta...

De la malvarrosa
que un Sábado Santo te puse en la reja,

plantaron un tallo que se hizo una mata...
¡qué cosas más tristes su olor me recuerda!...
Me parece ese olor el aroma
que dejaste, al pasar, en la senda...
¡qué aroma tan triste!...
¡qué sabor tan tuyo, tan íntimo deja!...

Parece que el tiempo no pasa... Me acuerdo
como si ahora fuera...
Cantando y dichoso
corría la senda,
y tú me esperabas...
¡ya nadie me espera!

. . . . . .

. . . . . .

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba
no se vá por ella!

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
No es la misma el agua que vá por la acequia
ni los mismos los frescos verdores
que tuvo la huerta...
Tampoco es la misma la casita blanca,
cambiaron la reja,
y ya no la cubren
las enredaderas...
¡No fué solo un sueño... no fué solo un sueño
de dolor la ausencia!

. . . . . .

. . . . . .

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
Recuerdos lejanos en mí se despiertan
al fragante aroma de la malvarrosa
que un Sábado Santo te puse en la reja...
Tu calle, tu casa, la tapia del huerto,
la orilla del río, la callada senda...
¡todo se embalsama con el triste aroma

de la mata aquella,
y me siento el alma
saturada de la honda tristeza
de que se impregnaba tu mirada amante,
tu sonrisa tierna!...
Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
¡Ojalá que fuera
verdad que parado
se quedó en la senda!...

Los cañaverales
cosas misteriosas rumorosos cuentan,
mas no son misterios de amores felices
como antes contaban... ¡sus rumores llevan
los vagos misterios
de las cosas muertas!...

Parece que el tiempo no pasa... ¡sí pasa!...
Trillado el camino... sembrado de huellas...
pero no son tuyas ni mías, que hoy vuelvo

¡y ya no me esperas!...

Parece que el tiempo no pasa... parece
la misma la senda...
¡¡qué ha de ser la misma, si adonde antes se iba
no se vá por ella!!

La cita

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
de los amores nuestros, la cita venturosa
más tarde ó más temprano de fijo ha de cumplirse.

¡Nos hallaremos juntos, por fin, amada mía!...

¡Nos hallaremos solos!... ¡Nos hallaremos libres!...
¡Aquellas inefables ternuras de mi espíritu,
que de él nunca salieron, podré entonces decirte!

Comprenderás entonces aquellas amarguras...
aquellas tiranías de esclavo, incomprensibles...
aquellas despiadadas torturas del cariño...
aquel feroz encanto del goce de lo triste...

Comprenderás entonces aquellas incoherencias...
aquellos desvaríos... aquellos imposibles...
por qué ríen las almas cuando los ojos lloran...
por qué lloran las almas cuando los labios ríen...

Yo tengo fé y aguardo, que es tal mi confianza
que en nadie tuvo nunca más hondas sus raíces;
espero en esa calma discreta en que recogen
con celo codicioso su pena los humildes.

No temo la insidiosa mortificante duda...

no temo ya los celos con su demencia horrible...
no temo tus desvíos, ni temo mis afanes...
¡la fé de que me esperas, de todo me redime!

No temo ya el olvido... no temo que sus nieves
las ansias infinitas de mi pasión enfríen...
¡Nos unen de tal modo la ausencia y el cariño!...
¡Te vivo en la nostalgia de cosas tan felices!...

Me esperas, sí, me esperas... es la verdad sin dudas...
la dulce luz del alba... ¡del alba de los tristes!...
Yo tengo fé y aguardo... ¡la venturosa cita
de los amores nuestros de fijo ha de cumplirse!

Yo tengo fé y aguardo... me arrulla en mis ensueños
la vaga y misteriosa canción de lo infalible...
más tarde ó más temprano nos juntará la suerte...
¡más tarde ó más temprano, también he de morirme!

¡Bendito sol!

Al despuntar el sol que centellea
sobre los anchos muelles de la ría
que blanquean cubiertos
por el helado manto de la escarcha,
la tropa de rapaces vagabundos,
lo mismo que bandada de gorriones,
baja desde sus nidos de miseria...

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—
dicen aleteando...
Y se abren y se esponjan
lo mismo que las aves,
sacudiendo sus pobres
entumecidos miembros,
á la dulce caricia
del sol, padre de todos.

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—
repiten con alegre charloteo,
—*¡Aquí, que hay solecico!*—
Y vuela la bandada
de un lado para otro,
buscando los abrigos de los muelles,
calentando sus manos ateridas
con el vaho caliente de sus bocas.

. . . . . .

¡Oh, sol, pródigo sol! ¡Oh, sol bendito,

que amándonos á todos
haces amar la vida
y haces creer y confiar en ella!
¡Oh, redentor augusto
y alegría piadosa de los pobres!

. . . . . .

—*¡Buen día! ¡Buen día!*—
dicen los cargadores animados
en la ruda tarea,
por el ardiente beso
del sol enardecidos...
—*¡Ande, muchachos; ande, que el buen día*
hay que meterlo en casa!—

Y en medio del trajín y entre los sacos
que henchidos se revientan y se vierten,
pululan los rapaces,
que en todo picotean,
astutos y taimados

como pájaros listos
que siempre se hallan prontos
á levantar el vuelo.

Mujeres incitantes,
cual sazonada apetitosa fruta,
y precoces mozuelas,
á todo, como el sol, alegres ríen
y triscan y bromean con los hombres
que en el trabajo á veces,
también como rapaces,
ratos de esparcimiento merodean...

Helados, viejecitos,
puestos al sol, se animan y sonríen
melancólicamente...

Y todo como el sol y á su caricia
al alborozo de vivir se entrega.
Gozad, pájaros listos,

picotead contentos,
que se vierte la vida en todas partes...
Mujeres y mozuelas
que á todo, como el sol, reís alegres,
reid sin freno alguno...
Míseros hombres del trabajo víctimas,
dóciles é infelices,
podeis merodear esparcimiento...
Tomad el sol, helados viejecitos,
sonreid todavía...
¡Oh, sol, bendito sol, que á todos llegues!...
Inúndanos á todos,
¡oh, redentor augusto!
¡oh, piadosa alegría de los pobres!

¡He corrido por los campos!...

¡He corrido por los campos!...
he gozado la caricia saludable de los vientos,
me ha besado el sol augusto reanimando mi aterido
débil cuerpo...
¡me he sentido en el regazo de la madre soberana
y mis labios anhelantes á la vida se han abierto

en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,
bajo el manto de los cielos!

. . . . . .

. . . . . .

He corrido por los campos con mi amada compañera
y he gozado de sus risas celebradas por los ecos...
Infinitos, como rutas venturosas de la vida,
se ofrecían los senderos...
Los ramajes atraían como nidos misteriosos
y, forzados por nosotros, los ramajes se han abierto...
¡En el fondo de los valles y en los altos de las lomas,
de flor llenos,
ostentaban su blancura,
como galas virginales de la tierra, los almendros!

He corrido por los campos
y han venido á remozarme la alegría y los deseos...
¡he sentido enriquecerse de energías varoniles
mis alientos!...

De mi débil compañera,
por los sitios escabrosos, he llevado el dulce peso:
¡en mis brazos la he llevado por las trochas y los riscos
y á través de la espesura de los pinos gigantescos!...

Hemos ido hasta el barranco y ascendido á la ladera
por el sol enardecidos y oreados por el viento...
nos zumbaban las abejas que buscaban afanosas
las dulzuras de sus mieles en la flor de los romeros...

¡Hemos ido hasta el barranco!... la feraz naturaleza
rodeábanos solemne como un templo...
sometidos á sus leyes, devorados por la llama
del eterno amor fecundo nuestros pechos,
se han juntado delirantes nuestras bocas
y la vida han consagrado nuestros besos
en el lecho de los campos, al abrigo de los montes,
¡bajo el manto azul riënte y apacible de los cielos!

¡Benditas ondas!

La bulliciosa turba de niños
al mar se acerca como bandada de alegres pájaros,
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,
á las caricias del sol y el aire gallardamente
su carne entregan,
al mar se lanzan hechos racimos,

tiemblan las ondas alborozadas,
¡ríe la vida!

. . . . . .

. . . . . .

Mi compañera, lánguidamente
buscando apoyo sobre mis hombros;
yo en sus megillas, como manzanas
de puro rojas, dando mordiscos...
riendo alegres, correteando por los senderos,
hasta las negras húmedas rocas que el mar combate
nos hemos ido, y en los recodos de los peñascos
hemos buscado la fresca sombra
como pareja de enamoradas aves marinas...

Sobre las peñas, sobre las limpias peñas lavadas,
hemos dejado nuestras molestas ropas ridículas
y en soberano libre albedrío fervientes hemos
hecho en el ara de la grandiosa Naturaleza
¡la ofrenda pura de nuestras carnes!

—¡Oh qué blanquísima!—digo á mi amada—
carnes de nieve, carnes de mármol,
carnes de nácar... ¡oh qué blanquísima!
yo soy el risco
tú eres la espuma!—

Y entre mis brazos al mar la llevo...
las ondas ríen,
besan la carne que se estremece voluptuösa,
de misteriosos amores hablan en sus murmullos...
Y nos reimos también nosotros ruidosamente...
las ondas ríen, ¡ríen inquietas como temiendo
que nuestras risas fueran fugaces!...

¡Ríen las ondas, dan alegría!
su aliento sano nos hace fuertes,
nos alborozan sus alborozos
y, juguetones, niños volvemos
á ser en ellas...
¡Benditas ondas que nos devuelven á nuestra infancia!

¡Benditas ondas!...
¡¡dan alegría!!

. . . . . .

. . . . . .

—¡Oh, ven, volvamos al mar, hermosa! Mira los niños...
al mar se acercan como bandada de alegres pájaros,
desembarazan de los vestidos sus cuerpos ágiles,
á las caricias del sol y el aire gallardamente
su carne entregan,
al mar se lanzan hechos racimos,
tiemblan las ondas alborozadas,
¡¡ríe la vida!!

La canción de las frutas

De frescos tonos,
en todos los colores, en todos los matices,
doradas por el sol, exhuberantes,
sus excelencias y su abundancia
serenamente cantan las frutas:

«Somos las hijas de la verde fronda...

»fuimos hermosas flores,
»y hubo tiernos poemas
»de amor en nuestros cálices...
«Hoy somos carne, carne fecunda
»de nuevas vidas y nuevas flores...
»tomadnos todos
»¡nos damos pródigas!

Y pródigas se ofrecen
¡son exquisitas!
Llénate, hermosa mujer, el halda...
ven y entre besos—frutas de amores—
también comamos las dulces frutas
que dá la tierra... ¡Oh, madre tierra,
fecunda tierra, Dios te bendiga!

¡Se ofrecen pródigas!
A las ciudades va su tesoro,
las multitudes comen voraces...
¡Oh! no comedlas, ingratos hombres,

no amais los campos,
no habeis abierto sus hondos surcos
ni vuestras frentes sudado en ellos!...
¡no amais la tierra!...

¡Oh, qué hermosura!
las ramas fuertes están rendidas
y á nuestro paso la dulce carga brindan espléndidas...
¡Mira qué pomos! en nuestras frentes
dan incitantes, como llamándonos...
¡Oh, sanas frutas!
¡cómo impacientes de que las coman,
maduras caen!...

Mujer hermosa, ven y seamos como las frutas,
ven y vivamos entre las frondas,
ven y cantemos;
nuestras canciones serán hermanas de sus canciones,
de amor henchidas...
ven y cantemos también nosotros:

»Fuimos hermosas flores
»y hubo tiernos poemas
»de amor en nuestros cálices...
»Hoy somos carne, carne fecunda
»de nuevas vidas y nuevas flores...
»¡tomadnos todos!»

La canción de la vida

En el monte oloroso tapizado
de aromáticas yerbas
y dominando el mar; sobre las rocas
que las blancas espumas festonean;
sobre los lechos blandos
de la menuda arena,